

Leopoldo García Ortega. Años 1925-30. De Traspinedo a Valladolid. Autobiografía

Un buen día, yendo por la calle de Joaquín Costa, en una casa que le llamaban "la casa del churrero"... en los bajos de aquella casa era donde estaba establecido el sindicato de la CNT...entré allí por curiosidad y estuve viendo los cuadros que tenían puestos en las paredes, una bandera roja y negra.

1ª Fase: Infancia.

Lo que yo pretendo es que la primera grabación sea, para seguir un orden cronológico, lo referido a mi infancia en Traspinedo, el pueblecito de la provincia de Valladolid en el que yo nací en el año 1919 y en el que viví hasta el año 1925, en el que mis padres tomaron la decisión de vender el modesto patrimonio, la totalidad casi del modesto patrimonio, que poseían y con el dinero que lograron nos trasladamos a vivir a Valladolid, al objeto de que pudiéramos adquirir una educación distinta y una manera de vivir diferente a la que nos sucedería de seguir viviendo en Traspinedo.

Comienzo diciendo que nací en Traspinedo, y que de dicho pueblo tengo unos recuerdos muy poco concretos. Sí recuerdo que la casa donde yo viví de pequeño, donde al parecer nací, era una casa de dos pisos construida de adobe con cubierta de teja de barro árabe. Era una casa espaciosa, estaba en una plaza también bastante grande. Recuerdo esta casa, recuerdo una fuente que había muy cerca de la plaza aquella donde estaba radicada nuestra casa, a cuya fuente iba yo con un cántaro pequeño a por agua, porque era el agua para beber, porque el agua para los servicios se sacaba de un pozo que teníamos en el corral de la casa.

También recuerdo un rebaño de ovejas hermoso que tenía una tía mía, una hermana de mi padre, que se llamaba Victoria. Pero lo que más recuerdo es mi estancia en el colegio, en la escuela como se decía entonces, de Traspinedo. La escuela era un local grandón, parecía como una nave, allí estábamos casi un centenar de niños. El maestro se llamaba Desiderio, era un maestro que entendía que la enseñanza había que impartirla con el lema de que la letra con sangre entra. Y nos pegaba con bastante frecuencia a los alumnos. Recuerdo que físicamente era un tipo alto, fuerte y que tenía un defecto físico, era cojo, y llevaba un zapato de los llamados ortopédicos con un taconazo enorme. Recuerdo también que en aquella escuela, en las épocas de frío, todos los niños teníamos que llevar un trozo de leña para alimentar una estufa de grandes proporciones que había en el centro de la clase. Algunos días, yo no sé por qué, claro, ya de mayor he aprendido que a lo mejor por causa de los vientos, aquella estufa en vez de calor lo que producía era un humo atroz que nos hacía estar llorando durante todas las horas de clase.

Claro, ya no recuerdo más de Traspinedo. Luego ya lo he conocido en otras épocas, lo he conocido últimamente, y no ha cambiado prácticamente nada. Sí que hay que decir una cosa a favor a los actuales gobernantes de ese pequeño municipio, y es que las calles están limpias, asfaltadas y que hay aceras. Cuando yo vivía allí las calles eran un barrizal en el invierno, y en el verano, ya nos podemos imaginar, no había más que polvo y moscas.

Como queda dicho, fui a Valladolid en el año 1925 a una calle que se llamaba la calle Catorce Metros, una calle del barrio de San Juan, que comenzaba en la hermosa y enorme Plaza Circular y terminaba casi en las vías del ferrocarril de la RENFE, bueno no era la RENFE, entonces aquello se llamaba la Compañía de Ferrocarriles del Norte de España, que eran las líneas que iban de Madrid a la frontera francesa, con desviaciones a Asturias, Galicia, Santander y País Vasco.

Recuerdo que la impresión más enorme que recibí de Valladolid fue conocer el tren, hecho que me emocionó mucho, al ver aquellos vagones, aquellos coches, y sobre todo las locomotoras escupiendo humo por aquellas chimeneas. Fue una cosa que me cautivó y yo, en todos los momentos libres, como vivíamos cerca de la vía, iba a ver pasar los trenes, porque era para mí un

espectáculo totalmente desconocido, que luego lo he comparado un poco con el mar, cuando lo conocí en Gijón en el año 1933. Entonces, en Valladolid, cerca de la casa donde vivíamos, había una escuela privada, que regentaba un maestro que se llamaba don Antonio, que era también de Traspinedo, era un maestro relativamente joven, cariñoso, y que no castigaba, y mucho menos pegaba, a los alumnos.

El recuerdo de mi estancia en aquella escuela, que fue desde el mes de enero hasta el mes de septiembre del año 1925, es muy agradable, y además lo hacía más agradable que en la misma escuela, además de ir mi hermano y yo había tres hijos de unos primos hermanos de mi padre que eran mayores que nosotros, y entonces entre los cinco formábamos una capillita que tenía una importancia respecto al resto de los alumnos, porque no se daba la circunstancia en ninguno de ellos que hubiera cinco familiares. Mis primos se llamaban Mariano, Antonio y José. Mariano fue después oficial médico de la Marina y, quién iba a decirlo entonces, estuvo de médico en el Jaime I cuando estalló el alzamiento militar de julio 1936. Antonio también fue médico y ejerció la medicina en Valladolid y fue catedrático de Medicina Legal en la Universidad de Valladolid, en la Facultad de Medicina de la Universidad de Valladolid. Políticamente, Mariano, el que fue médico de la Marina de Guerra, era un hombre de izquierdas; Antonio fue falangista, fue jefe comarcal de los pueblos del valle del Esgueva en la provincia de Valladolid, y Pepe, que era el pequeño de estos primos, también hizo Medicina y Magisterio, pero ejerció el magisterio y no la medicina. También durante la guerra se decantó como un entusiasta falangista.

Cuando se aproximaba el mes de septiembre, con la apertura del nuevo curso, mi padre entendió que nos debía llevar a estudiar al colegio de San José, que regentaban los jesuitas en Valladolid. No obstante, él fue a visitar a su antiguo maestro, su profesor de toda la vida, que todavía vivía. Vivía en una buhardilla de una casa de la calle Tudela en Valladolid, era un señor muy anciano, yo me acuerdo que tenía el pelo y la barba blanquísimos.

También era muy afable y cariñoso y entonces mi padre al decirle que iba a pedirle consejo, opinión sobre su intención de llevarnos a matricular al colegio de los jesuitas, el hombre dijo: ¡Pero hombre, qué vas a hacer, Gregorio! Los jesuitas, contrariamente a lo que la gente cree, no enseñan como la gente dice. Hay que llevar a los niños a la escuela pública, la escuela del Estado, es la mejor escuela.

Claro, todo esto, cuando yo ya he sido adulto, me ha hecho pensar muchas veces en aquel buen anciano. Le dijo que no se preocupara, que si mi padre quería le daba una tarjeta para el director de una Graduada que había muy cerca de donde nosotros vivíamos, porque ya no vivíamos en la calle Catorce Metros. Nos habíamos ido del barrio de San Juan al barrio de San Andrés, a la calle La Loza. El barrio de San Andrés y el barrio de San Juan se dividían. Estaba el límite del antiguo cauce del río Esgueva por el cual ya no pasaba agua y que servía de escombrera, iban vertiendo allí los escombros, hasta que se produjo el relleno y se hizo una calle como otra cualquiera de Valladolid, pero en aquella época de la que estoy hablando íbamos a jugar y a realizar las famosas canteras los niños de un barrio contra los del otro barrio.

Me acuerdo que don Rufino, el que había sido maestro de mi padre, nos hizo un pequeño examen a mi hermano y a mí para ver cómo estábamos preparados y nos dio a leer un libro, el famoso "Corazón" de Edmundo d'Amicis, un libro que he querido luego entrañablemente, y que fue mi libro lectura durante todos los cursos de la Séptima Graduada de Valladolid. Entonces yo leía muy deprisa, no respetaba ni puntos ni comas, pero don Rufino dijo que no había inconveniente, que fuéramos. Él creía que nos admitirían. Salimos de la casa de don Rufino y nos encaminamos a la Séptima Graduada que estaba en la calle Pi y Margall. Bueno, en la calle Pi y Margall no, entonces se llamaba calle Panaderos; después, cuando se proclamó la República, pasó a llamarse calle de Francisco Pi y Margall.

El director de esta escuela nos recibió muy bien. Le dijo a mi padre que no se preocupara, que quedábamos admitidos y que a partir de unos días después que empezaba el curso, podíamos comenzar las clases. De esta escuela, la famosa Séptima Graduada, guardo un recuerdo entrañable porque fueron los años más felices de mi infancia. Bueno, más felices mientras vivió mi madre, porque luego, al morir mi madre en el año 1928, mi vida cambió mucho en muchos aspectos.

Aquella escuela fue como la prolongación de otro hogar más. Había unos condiscípulos excelentes, el profesorado era muy bueno. Yo fui al último curso de los pequeños y mi hermano fue al Tercer

Curso. Mi primer maestro en aquella Graduada se llamaba don Mariano, con el cual, no sé por qué, me llevé muy bien, y el cual me distinguía con su afecto y con su atención. Aquella escuela estaba muy bien dotada, como estaban generalmente todas las escuelas públicas del Valladolid de aquella época. Pero la nuestra había sido inaugurada por la reina Victoria Eugenia, que había aceptado ser la madrina de dicho colegio, gozaba de unos pequeños privilegios. Teníamos comedor y cantina escolar, teníamos aparato de proyección de películas, tenemos que pensar lo que significaba en el año 1925, teníamos calefacción que no hacía humo y que daba un calor muy agradable en los duros inviernos de Valladolid, y unas aulas preciosas con unos ventanales enormes, totalmente acristalado, sin ningún cristal roto, cosa que en el colegio de Traspinedo no estaba así, había bastantes cristales rotos Y sobre todo, esta Séptima Graduada tenía un enorme patio de recreo donde había una parcela de terreno para cada escolar, para que cultiváramos en nuestra parcela aquellas plantas que mejor quisiéramos. Y luego quedaba un resto enorme de patio para zona de juego, de recreo.

De esto tengo unos recuerdos muy buenos, muy gratos de recordar. Allí acudía todos los días, me gustaba mucho la escuela, recuerdo que solo falté una vez, solo hice una vez novillos, porque habían aterrizado en el Campo de San Isidro unos aviones y entonces aquella tarde con otros condiscípulos nos fuimos a ver los aviones, que para mí fue un espectáculo tan imponente como el tren la primera vez que lo vi. Se da el caso simpático, para mí, no para los otros, de que al día siguiente cuando fuimos a clase, al decir el motivo de la falta, yo dije que se le había muerto un familiar a mi padre y que por eso no había podido ir. A los demás les amonestaron y a mí, como nunca había faltado, nadie pensó que yo había hecho novillos para ir a ver los aviones como se supuso de los demás compañeros que fueron conmigo.

La vida en Valladolid en aquella época era muy tranquila , cosa que pasados unos pocos años ya no fue así, ya se complicó lo que ahora se llama orden, por los follones que se formaban sobre todo por los estudiantes de la Universidad.

En la calle La Loza había una población infantil enorme. En aquella calle casi todos los vecinos, casi la totalidad posiblemente, quitando nosotros y dos o tres familias más, eran ferroviarios, y eran gente que tenían un nivel de vida muy aceptable en relación con el resto de las profesiones. Entonces en aquella calle, tanto mi hermano y yo caímos bastante bien. Fuimos muy bien acogidos por los otros niños, y yo entonces empecé a notar el valor que tiene, a pesar de yo ser segundón en la familia, el tener siempre un hermano mayor que hace de protector y de defensor en caso de posibles emergencias.

Todos los niños de mi edad creamos una pandilla que llamamos El Cometa, e incluso hicimos un equipo de fútbol y esta pandilla tuvo un grado muy alto de camaradería. Los domingos hacíamos excursiones, íbamos al cine en el tiempo frío, y nos llevábamos muy bien y nos queríamos mucho.

A Traspinedo volvía con alguna frecuencia, sobre todo en la época de las matanzas de los cerdos, que nos invitaban nuestros familiares. Las matanzas de los cerdos en los pueblos de Castilla eran un acontecimiento grande a nivel familiar, yo creo que mataban un poco el hambre de todo el año aquellos días. También iba en verano, cuando me daban las vacaciones. Una de las cosas que más me agradaba era trillar con el antiguo sistema del trillo, que era un trillo con una plataforma de madera con una piedras clavadas en la parte baja, iba tirado por unas mulas, por ganado, bueyes... y ésta era una buena manera de trillar, que era el encanto para todos los niños, como era natural en un trabajo de esta índole.

También acudía a Traspinedo con ocasión de las bodas de primos míos, un primo y una prima, Ángel y Luisa, con un año o dos de diferencia de uno a la otra. Entonces las bodas en los pueblos de Castilla duraban tres y cuatro días. Eran, como se suele decir, como las bodas de Camacho, no se hacía nada más que comer en esos tres o cuatro días. Y los niños en las bodas lo pasábamos bien porque había muchos dulces, muchas golosinas y la cosa era bastante buena.

Estos son los recuerdos que tengo de Traspinedo, unidos a los que había dicho al principio de Valladolid. Se me pasaba el tiempo de una manera veloz en aquella época. Conocí el cinematógrafo, el cine, las salas de proyección de cine, cosa que en Traspinedo ni en sueños podía admitirse y, en fin, fui adaptándome a la vida de la ciudad. Una de las cosas que notaba en las estancias que hacía en Traspinedo cuando me llevaban mis padres, era cómo ya me iban desplazando, yo mismo me sentía desplazado por los otros niños que seguían viviendo en el pueblo, por nuestra forma de vestir y de hablar, había una diferencia . Nos marginaban un poco,

pero no en el mal sentido, sino en el bueno. Nosotros parecíamos señoritos al lado de los niños del pueblo, pero yo nunca me he envanecido de esto, sino al revés, a mí me gustaba mucho volver a mis correrías con mis amigos de mi primera infancia y con mis primos.

En Valladolid cambió mucho nuestra vida. Fue buena, agradable, vivíamos en un hogar con mucha felicidad, como vulgarmente se suele decir, hasta que de forma prácticamente inesperada, en el año 1928, cuando yo solo tenía ocho años de edad, falleció mi madre el día 14 de febrero de 1928, que es una fecha que ha quedado marcada para siempre en mí. Y sin ninguna presunción y ninguna ayuda por mi condición de adulto de hoy, puedo asegurar y sé que no estoy mintiendo, que aquel día puedo decir que perdí mi fe religiosa. Yo había sido criado en el seno de una familia católica, aunque mi padre no era amigo de la Iglesia, era un hombre anticlerical, pero sí tenía un sentido muy respetuoso y muy creyente con las cosas religiosas.

Ese día, al volver de la escuela, en la cual era yo tan feliz y tenía tan entrañables amigos, noté ya algo extraño al entrar en casa. En aquellas casas, que entonces no había que tocar el timbre ni el llamador, era simplemente levantar el pestillo y entrabas, entonces noté que pasaba algo extraño, y enseguida supe que mi madre estaba grave. Y a mi hermana, que tenía tres años menos que yo, es decir cinco, y a mí nos llevó mi padre a la habitación donde estaba entronizada la virgen del Carmen, nos dijo que rezáramos por que madre (nosotros en nuestra infancia no decíamos papá y mamá, cosa que no era nada frecuente en Castilla, decíamos padre y madre), entonces mi padre dijo:

— Madre está enferma, tenéis que rezar mucho a la virgen para que se ponga buena. Mi hermana y yo rezamos como dos descosidos, como dos locos, con una devoción y una inocencia que se presuponen en dos niños de cinco y ocho años de edad. Cuando una media hora o tres cuartos de hora, no más porque yo salía de la escuela a las cinco, a las cinco y diez debía estar en casa y mi madre falleció sobre las ocho menos cuarto de la tarde. Cuando entró mi padre, bueno, nosotros desde la habitación, mi hermana y yo, sentíamos el ajeteo de mis tías y primas mayores, que estaban en nuestra casa, que habían llegado del pueblo y notábamos algo extraño y yo le decía a mi hermana:

— Vamos a rezar más, vamos a rezar más para que madre se ponga buena, vamos a rezar más a la virgen. Mi padre entró llorando, nos abrazó y nos dijo que madre había muerto. Yo nunca he sabido explicarlo, ni ahora lo puedo explicar tampoco, pero algo extraño sucedió, no sé lo que me pasó, pero desde entonces lo de la virgen, lo de dios y todas esas cosas ya no podía aceptarlo, porque yo nunca he podido comprender cómo ese dios que a mí me habían enseñado en la catequesis, en la escuela, mi propia madre, mi propio padre, ese dios que era tan bondadoso, muy bueno, yo no he podido nunca concebir cómo ese dios puede dejar sin madre a una niña de cinco y a un niño de ocho años. Esto me produjo un trauma muy grande y desde aquellos días dejé de ir a la catequesis y a la Iglesia. Y en esto mi padre, contrariamente a lo que se podría suponer por su carácter autoritario, no intervino; al revés, dijo que había que respetarme esa voluntad, que me dejaran. Me llevó a una consulta médica de sus sobrinos, aquellos primos que habían ido conmigo a la escuela, entonces Antonio que me quería mucho le dijo:

— Mire tío, a Leopoldo debe usted dejarlo a su aire, por qué no con lo que ha pasado, déjelo usted, mientras no haga cosas que se salen de lo normal, déjelo. Mi padre fue respetuoso con esa receta de aquel médico que era primo mío más que de mi padre, me defendía a mí más que a mi padre. Entonces un buen día una hermana de mi madre, a la cual llegué a conocer bien casi cincuenta años después, o más, en Segovia, pretendió que fuéramos al santuario de El Henar para hacer una misa por mi madre, para rezar para que mi madre fuera al cielo. De verdad, yo no estoy presumiendo ni inventando, tanto mi padre como mis hermanos y mis primos aceptaron la cosa con la mayor naturalidad. Yo me sublevé, no podía admitir que tuviera que rezar para que mi madre fuera al cielo, porque yo pensaba que mi madre era muy buena y tenía que estar en el cielo. Años después he pensado: "Pobrecilla, no está en el cielo porque yo no creo en el cielo ni en el infierno; mi madre está como todos los muertos bajo la tierra y punto".

A partir de este día, este fatídico día, mi vida cambió de una manera enorme. Mi padre quedó sumergido en una tristeza, en un abandono, no supo encajar quedarse sin su compañera, él era ya mayor, cuando se quedó viudo tenía 60 años, mientras mi madre había muerto con 42 porque mi padre le llevaba a mi madre 17 años y pico. Nuestra casa era muy triste, todos vestidos de luto, para mí era como una losa. Yo me negué, y no se me impuso porque mi padre para eso era muy tolerante y se lo agradezco mucho, yo no volví al cementerio, solo fui una vez, porque aquella vez que fui me puse enfermo, no soportaba esa tortura de llevar a un niño a la tumba de su madre a rezar o contemplar aquello.

Para mí lo más grande era ir a la escuela. Yo nunca había tenido tendencia de no ir a la escuela, de hacer novillos, como vulgarmente se dice. Ya he dicho que solo los hice una vez, una tarde, por conocer los aviones. De siempre me gustó asistir al colegio, y desde que me quedé huérfano de madre era mucho mejor que estar en casa, porque cada día la atmósfera en casa era más rara, más tristonera, mi padre no acabó de superar aquello y cada día iba de mal en peor, y esto también influyó en la situación económica, porque mi padre se abandonó por completo y la casa, el hogar, empezó a hacer aguas por todas partes.

Mi madre falleció en el año 1928 y, poco después, en el 29 ó 30 empezó para mí una nueva faceta, porque en Valladolid empezaron a surgir los movimientos de protesta contra la Dictadura del general Primo de Rivera, del que decía mi padre que era un general que había puesto los cojones sobre la mesa para arreglar este país porque si no hubiera sido por él nunca habría sido arreglado. Ésta era una opinión política de mi padre que, desgraciadamente, está muy distante de enjuiciar con seguridad y con objetividad lo que fue la Dictadura de Primo de Rivera. Aquella fue una época nefasta que ha contribuido a que las cosas luego en España no hayan sido como hubieran tenido que ser, y ¿qué hubiera sido si no hubieran existido aquellos siete años de dictadura?

Los estudiantes empezaron a movilizarse con tan buena fortuna para mí que en el número 1 de la calle de La Loza (nosotros vivíamos en el número 5, que hacía esquina con la calle Panaderos, la calle que luego se llamó Francisco Pi y Margall), en el primer piso de aquella casa que hacía esquina, había una pensión que de la noche a la mañana se llenó de estudiantes que empezaron a dar clases gratuitas por la noche a los niños de la barriada.

Segunda parte

Con el fallecimiento de mi madre se acentuó mi cariño a la escuela, allí era feliz. Pero cuando llegaba a casa y veía la tristeza que allí imperaba, la situación era bastante desagradable.

Hay dos hechos que quiero señalar. Uno, el de una vecina mía, la señora Cándida, esposa de un ferroviario que se llamaba Ciriaco, que tenía cuatro hijos, una hija y un hijo de mi edad, año más o menos, y los otros mayores que yo. Esta mujer, su padre había sido sargento de carabineros, era muy republicana, y fue la primera referencia que tuve yo sobre lo que era república o monarquía de una manera más concreta que lo que enseñaban en el colegio. La señora Cándida, de siempre, ya viviendo mi madre, me había querido, le gustaba mucho que yo le comentara mis preocupaciones, y después de morir mi madre ocupó un gran papel en mi vida hasta que yo marché de Valladolid.

La otra circunstancia es que de la noche a la mañana se radicó en la calle de La Loza, en la casa número 1 esquina Panaderos, después llamada calle de Francisco Pi y Margall, una pensión que se nutrió solo de estudiantes, que enseguida hicieron conocer que iban a montar unas clases nocturnas gratuitas para los niños del barrio. Hay que tener en cuenta que en la calle de La Loza vivíamos como mínimo unas 200 familias, era una calle larga, había muchas casas y había muchos niños. Y en la calle Panaderos yo no sé las familias que vivirían, pero como mínimo más del doble que en la calle de La Loza.

Aquellos estudiantes montaron una escuela nocturna y a mi padre aquello le pareció estupendo, porque él tenía la obsesión de que había que aprender, que había que estudiar, que había que ser útil, y estas cosas que decimos los padres y que se decían con más frecuencia y con más sentimiento en aquella época en que yo era niño, pero con más sentimiento, con más sinceridad.

Estos estudiantes eran una docena de rapaces y rapazas estupendos, con el agravante, o condicionante, no sé, de que todos ellos eran comunistas. Es otro bautismo que yo recibí. Todos eran muy agradables, muy activos, y yo estoy convencido de que estudiantes como los de aquella época no los ha habido ya nunca, con esa entrega y dedicación, no solo a la lucha política, sino en su afán de ilustrar y de hacer que el pueblo se concienciara y fuera mayor de edad.

Nos daban clase de lo que llamábamos ciencia y cultura, pero su especialidad eran las asignaturas de Historia y Geografía. En esta academia recibí yo ya las primeras informaciones de lo que era Rusia. Hay que tener en cuenta que estoy hablando del año 29 ó 30 y entonces todavía la Revolución Rusa era un acontecimiento muy reciente que estaba en el candelero

permanentemente. Yo de Rusia solo tenía una definición muy concreta, que me daba mucho miedo, que oía decir a los mayores de aquella época, empezando por mi padre, mis tíos y los vecinos, había la creencia de que en Rusia las madres se comían a sus hijos porque había mucha hambre.

Esto, claro, nos asustaba un poco a los niños de la época, y fueron los estudiantes los que nos dijeron lo que era Rusia, lo que había significado y lo que podía significar, que era lo más importante, con la Revolución del año 1917, la famosa Revolución de Octubre. Tanto es así que esto fue engrandeciéndose, porque ellos tenían plena dedicación a darnos cultura y sobre todo a enseñarnos a comprender la realidad de la situación, como hijos del pueblo como ellos decían.

Al mismo tiempo en Valladolid se empezaba la cosa a agitar porque ya las protestas contra la Dictadura del General Primo de Rivera eran casi diarias, la Universidad estaba totalmente enfrentada con él, se habían producido o se iban a producir los acontecimientos de la famosa Facultad de Medicina de San Carlos de Madrid, y todo esto en Valladolid era como si fuera una caja de resonancia, y los estudiantes de allí también luchaban y eran apaleados y perseguidos por los guardias de la Policía Armada, no de la Policía, porque ésta es hoy la Policía Nacional, antes fue la Policía Armada, anteriormente los Guardias de Asalto y anterior, cuando se creó el cuerpo, eran Guardias de Seguridad, más conocidos como los romanones, porque al parecer fue el conde de Romanones, siendo Ministro de la Gobernación o Presidente del Consejo de Ministros, quien había creado este cuerpo de Guardias de Seguridad. Los Guardias de Seguridad, como todos los guardias en todas las épocas y en todas las latitudes, a la hora de defender lo que se llama el orden establecido actuaban como han actuado luego todas las policías que hemos conocido y que conocemos.

La lucha contra la Dictadura de Primo de Rivera y la Monarquía y a favor de la Monarquía iba en aumento. En Valladolid empezaron los sindicatos obreros a moverse, había mucha afiliación a la Unión General de Trabajadores (UGT), existía el Partido Socialista y existía un pequeño Partido Comunista, del cual formaban parte los estudiantes de la academia. También se estableció en la calle Joaquín Costa, que era una paralela a la calle Pi y Margall, el sindicato de la CNT, la Confederación Nacional del Trabajo.

La agitación era cada día mayor. Un buen día al levantarme, la señorita Cándida, que cuando yo iba al colegio todas las mañanas salía a ver cómo me iba yo, si iba bien arreglado, hacía las veces de una segunda madre mía, me dijo que habían fusilado en Jaca, en la provincia de Huesca, posiblemente fue la primera vez que yo oí hablar de Jaca, a dos capitanes del Ejército, uno de ellos se llamaba Fermín Galán y el otro Ángel García Hernández.

En aquella época, y siempre, se mitificó más lo de Galán que lo de Hernández. Parece ser que Galán tenía una trayectoria más antigua de ideas políticas y de actividad que la de García Hernández que, al parecer, era un excelente camarada que se unió a él por razones de amistad más que por razones ideológicas.

Me enteré de que habían fusilado a dos capitanes, creo también que era la primera vez que oí hablar de fusilamientos, y recuerdo que hubo una manifestación muy violenta. Los estudiantes luchaban a pedrada limpia con los romanones, los Guardias de Seguridad, y también por primera vez salieron un escuadrón de Guardias Civiles a caballo que daban con el sable como yo nunca había visto.

Hubo algunos heridos, bastantes detenidos, y cuando regresé a mi casa mi padre estaba, como vulgarmente se dice, amargado, envenenado porque eso no podía ser, porque hacía falta que otro general pusiera los cojones en la mesa para poner orden en España. Esto de que un general pusiera los cojones sobre la mesa lo he oído a personas de muy distinta clase social, de distinta formación política, parece que esto de los cojones de los generales es como una panacea para mucha gente. Luego hemos visto que los cojones de los generales son iguales que los de cualquier otro ser humano, que tenga cojones, claro.

Cada vez era mayor la propaganda, sobre todo las pintadas, es cuando yo conocí las primeras pintadas, en las fachadas de las calles con mueras al Rey, vivas a la República, abajo cual. Inesperadamente empieza una campaña electoral, y entonces yo conocí los primeros mítines políticos, e inmediatamente y como por arte de magia, un buen día no hubo clase porque se había

proclamado la República y era fiesta. Para los niños que fuera fiesta y no hubiera clase ya era motivo de alegría.

Al día siguiente, cuando se volvieron a abrir las escuelas, la mayor parte de los niños tenían un sentimiento de tristeza porque lo del Rey, la Reina, los Príncipes y las Princesas era lo que habían oído toda la vida, y además el profesorado de la Séptima Graduada, que era muy bueno y muy competente, pero a pesar de ser muy bueno y muy competente era católico, de derechas y monárquico. Recuerdo que cuando quitaron los cuadros del Rey de las aulas a los maestros se le caían las lágrimas, lloraban, y a la mayor parte de los niños les pasaba lo mismo. En el caso mío la cosa era distinta, no porque fuera distinto, sino porque yo había tenido el condicionante de aquellos estupendos estudiantes que me habían politizado y que me habían hecho, lo que ahora se llama, mi primer lavado de coco, cosa que les agradezco mucho, de verdad se lo agradezco en el alma. Les he recordado toda la vida con un inmenso cariño y con un inmenso agradecimiento porque ellos fueron los que me hicieron, aunque precipitadamente, mayor de edad.

Yo, contrariamente a la voluntad de mi padre, que eso le sacaba de quicio, le amargaba la existencia, empecé a actuar, en aquella época a mis 11 ó 12 años, empecé a actuar en política. Fui pionero en una organización juvenil del Partido Comunista que habían creado aquellos buenos y excelentes estudiantes y sobre todo buenos y excelentes seres humanos.

Como era un poco espabiladillo y aquello me gustaba y lo asimilaba, de la noche a la mañana me hicieron Secretario General de los Pioneros de Valladolid, y tengo que confesar que aquello me llenó de alegría porque yo debía tener ya mi dosis de vanidad, creo que tiene todo el mundo, y eso de ser secretario de un montón de chavales, entonces yo entendía que ser secretario, a pesar de estar un poco politizado, era como desgraciadamente suele ser, un poco cacique, el jefecillo de aquellos condiscípulos y vecinos y colegas de infancia.

Seguíamos con la pandilla El Cometa y hacíamos excursiones por sitios raros de Valladolid, de las afueras de Valladolid, a veces robábamos uvas o fruta de los árboles, en fin, como todos los críos. Pero no sé por qué había unos carteles derruidos al lado del Cuartel de Caballería y no sé por qué nosotros a aquello le llamábamos las ruinas de San Petersburgo, no sé por qué razón les pusimos aquel nombre, me imagino que influenciados por lo que oíamos hablar de Rusia, que a lo mejor oíamos que San Petersburgo lo habían arrasado los revolucionarios y por eso nosotros, como aquello estaba demolido, en ruinas, lo llamábamos las ruinas de San Petersburgo.

Lo fundamental era la catequesis que recibíamos de aquellos estudiantes, que era estupenda porque han sido los comunistas menos sectarios y más objetivos que conocí. Voy a decir la verdad, yo creo que son, salvo contadas excepciones, los auténticos comunistas que he conocido, no sé lo que habrá sido de aquellos rapaces y rapazas estupendos, que cuando terminaron la carrera desaparecieron de Valladolid y nunca más he vuelto a saber de ellos.

Sigo relatando que yo era Secretario General de los Pioneros, y a través de la organización y de aquella academia por libre que habían montado aquellos estudiantes, logramos del primer Ayuntamiento republicano que existía en Valladolid, que lo presidía don Federico Landrove, logramos que el Ayuntamiento nos cediera el Salón de Quintas para celebrar una reunión. Y en aquella reunión de todos los barrios, más las secciones de pioneros, más los estudiantes y otras personas que yo era la primera vez que conocía, se creó lo que se llamó la Universidad Popular de Valladolid. En aquella Universidad Popular ya la cosa cambió, ya teníamos locales amplios, espaciosos, con asientos, mesas con mucha comodidad, más que en la pensión, que era reducida y quedaba constreñida a un grupo pequeño de niños. Esto era un complemento formidable a la labor de la escuela, es decir, íbamos a clase todos los días, yo no me cansaré de repetir que nunca hice novillos, siempre me gustó la escuela, y por la noche, a las 7 y hasta las 9, íbamos a la Universidad Popular y aquello era una cosa mucho más agradable y que le incitaba a uno a seguir con entusiasmo.

Después se establecieron una serie de contactos con los pioneros de otras ciudades y se convocó la celebración del Primer Congreso de Pioneros de España y a mí me nombraron delegado con otro chaval de mi edad, que precisamente era del primer barrio donde yo había vivido, y que se llamaba Luis Álvarez Prado, que tuvo un hermano que fue dirigente de la Internacional Juvenil Comunista y que, afortunadamente para él, la guerra civil le sorprendió en Rusia, y luego he tenido testimonios de alguna gente que ha estado en Rusia que ha declarado haberle visto, que estaba de encargado de una biblioteca muy importante en lengua castellana que había en Moscú.

Con Luis Álvarez Prado yo era delegado para asistir al Primer Congreso de Pioneros Españoles que se iba a celebrar en Madrid. Pero claro, yo no había contado con la madre del cordero, y la madre del cordero era el permiso de mi padre. Cuando yo expuse a mi padre este nombramiento y el deseo de acudir, mi padre dijo "basta, por ahí no paso yo". Mi padre estaba diciéndome que había gente que eran unos revolucionarios, en fin, el concepto que tenía la mayor parte de la población, y después del tiempo que ha pasado hay mucha gente que hasta hace poco creían que los comunistas tenían rabo, o que eran como bestias. Pues que no, mi padre, que no, y me quedé sin ir al Congreso de Pioneros de Madrid.

Además de esto, que me contrarió mucho, una de las cosas que me sirvió en ese momento de consuelo fue que un buen día, yendo por la calle de Joaquín Costa, en una casa que le llamaban "la casa del churrero", una casa nueva, preciosa, de cinco pisos, que había hecho un señor de Valladolid que vendía churros, y se ve que le daban dinero cuando pudo hacer aquella casa tan estupenda, en los bajos de aquella casa era donde estaba establecido el sindicato de la CNT. El patio de la Séptima Graduada daba a la calle Joaquín Costa y la fachada a Pi y Margall, y un buen día entré allí por curiosidad y estuve viendo los cuadros que tenían puestos en las paredes, una bandera roja y negra, y se acercó uno, "oye, tú, chaval, qué haces aquí fuera". Le dije que no, que quería ver aquello; se acercó otro, a uno le llamaban el Bacalao y al otro el Trapito, los otros dos eran obreros de la construcción de Valladolid. Al Bacalao, el pobre Julio García Calleja, le sacaron de la cárcel en una saca el día 8 de abril de 1937, pero eso ya lo contaré cuando llegue a esas alturas. Y al Trapito le pilló el alzamiento haciendo el servicio militar y terminó de sargento de infantería. Éste, el Trapito, era el que quería que yo me marchara porque aquello no era para niños, y el Bacalao dijo que "el niño mejor que venga aquí que no a otro lado, ojalá todo el mundo de Valladolid viniera a ver cómo somos y qué decimos".